

auditorio,—y no disminuyen los llenos, ni se oyen más que alabanzas de la obra. Ojalá que ésta fuese arco iris de paz, emblema de alianza entre el público madrileño y la literatura dramática seria.



## LA SUBIDA DE LOS LIBERALES

«Buena parte del poder y la eficacia que tiene un gobierno para procurar y afianzar la felicidad pública, consiste en la opinión general que hay formada respecto á ese gobierno.»

FRANKLIN.

HAN venido con regocijo general, con alza de la Bolsa, con aplauso estruendoso de la prensa. En varios poblachones se han disparado cohetes, las bombas “de palenque,” han rasgado el aire, y las músicas, recorrido las calles rompiendo el tímpano al pacífico vecindario.

¡Cómo me asustaría, si yo fuese jefe de partido, entrar así, rodeado de tal aureola, despertando tales esperanzas, en ocasión tan crítica como la presente! ¡Y qué grave responsabilidad la que crea y en-



vuelve ese candoroso entusiasmo, esa presunción favorable, que no se funda ni en la experiencia ni en las probabilidades racionales, ni en el prestigio augusto que llegaría á adquirir el hombre que por su entereza, por su acendrado patriotismo, por haber demostrado que el bien general le interesa más que el de una agrupación, fuese digno de romper el hielo de la escéptica indiferencia con que miran á los políticos los que nada esperan de ellos, y digno de que el corazón económico—la Bolsa—al acercarse él palpite apresurado, dilatando el pecho de la nación!

Entrar en una casa cuyos moradores creen que les llevamos debajo del brazo una hogaza, y tener en la conciencia que les dejaremos tan hambrientos como les encontramos, ó acaso en mayor estado de anemia; intervenir en las embrolladas cuentas de un perdido, que espera que se las desenredemos, y comprender que las embrollaremos doble, consumando su desastre; convertirnos en depositarios de la confianza de un infeliz casi arruinado, y

coronar su ruina; cosechar entusiasmo y devolver amarguras..., he aquí la suerte que espera al partido liberal y á sus jefes, y por muy duros de pelar que les supongamos, bien habrá algunos que sientan remordimiento generoso pensando que no pueden dar á su patria ni el desengaño ni el remedio.

Han pasado los tiempos en que se creía en la eficacia de las formas de gobierno para combatir y desterrar males que están difusos por la economía, *morbis totius substantiae* del enfermo cuerpo nacional. Han pasado esos tiempos, sí; y ya sólo los fanáticos incurables suponen que el mudar de instituciones sería, en pureza, algo más que mudar de dolor. El momento *bello* de la vida política, en que el aire se pobaba de sonoros ecos, nombres y fórmulas, ha sido reemplazado por el momento *útil*, por el prosaísmo de realidades en apariencia tan humildes, en efecto tan trascendentes—por la cuestión de despensa y de caja.—Hace cuatro ó seis años, éramos contadísimos los que



otorgábamos á esa cuestión mayor importancia que á todas, y acaso pasábamos plaza de espíritus mezquinos, que no veían más allá de sus narices y eran en política unos inocentones ridículos, ignorantes de los misterios de entre bastidores. Así me calificaron—lo sé porque todo se sabe—ciertos políticos de pasillo, cuando hace cinco años publiqué mis dos cartas al presidente de la Liga agraria, donde en substancia venía á decir lo que hoy repiten ellos: que lo primero y principal en una nación, como en una casa, es desentramarse, ponerse á flote, economizar y aliviar la angustiosa situación presente, y lo secundario toda la bambolla de la comedia política, que ha pasado á ser mero pugilato de personales intereses, vanidades y desquites.

Pues bien; hoy que se ha abierto camino la noción de que no debemos esperar nada de los formalismos de escuela; de que un rótulo escrito en una bandera no nos sacaría de apuros, todavía persiste la superstición, el culto de un nombre

que ya no clasifica un orden de instituciones especiales, ni siquiera un programa de gobierno distinto y propio, sino sirve de parapeto á una agrupación política, que apenas se distingue, como no sea en las personas que la componen, de otra agrupación política con la cual alterna en el mando. El nombre de *liberales* suena dulcemente todavía: aún conserva su poderosa magia, el reflejo de su origen, algo de la poesía que debió de tener cuando significaba realmente una transformación, el conjunto de las fuerzas evolutivas y progresivas de la patria. Si no obedece á la *dicha y desdicha del nombre*, no atino la causa de este movimiento de bienestar y confianza en el país al subir los liberales.

No es, de cierto, la primera vez que nos gobiernan. Bajo la Regencia ejercieron el poder más tiempo, bastante más, que sus adversarios los conservadores. Dueños de esa potencia eficaz de que hablaba Franklin—la simpatía de la opinión, que les apoya de mil modos, implícita y ex-



plícitamente—ningún obstáculo serio hubiesen encontrado sus planes económicos y sus reformas administrativas. Los gobiernos impopulares, temen descontentar: fáltales aplomo, porque les falta atmósfera. Sagasta, popularísimo, democrático, *rey de los mercados*, como aquel famoso duque de Beaufort, ¿qué podría temer si se arrojase á realizar algo en pro de nuestro apabullado crédito y nuestra tísica industria y nuestra derrochadora y pobretona hacienda? Si de sus filas emigraban unos cuantos insaciables, se ganaría en cambio el aplauso incondicional de la muchedumbre laboriosa y ajena á los misterios del ajedrez político, y sería adorado por los hombres de buena voluntad; y al que posee tal escudo, en vano le atacarán la maledicencia y el odio. Sería un ensayo, sería una aventura propia para tentar á un espíritu elevado, *l'immense besogne de toute une Espagne à refaire!*

En la Capua del poder, repito, se han dormido los liberales al mimoso arrullo

de la opinión, y de su gestión administrativa quedaron siempre las mismas funestas memorias que de la de los demás gobiernos: sin rumbo la política exterior, el crédito por los sótanos, empréstitos delirantes, inmoralidades purulentas, caciquismo endiosado y semejante en sus medios de acción á las *camorras* y *mafias* italianas, cuando no á las guapezas y secuestros de los bandidos de nuestro Mediodía; impune el delito; cohechada y arrojada la libertad electoral; devorado el sufragio como los hijos de Saturno ó Cronos, reforzados los intolerables impuestos y más y más abiertas, en hambriento bostezo descomunal, las mandíbulas de tiburón del déficit!

No hay nadie que, si deja hablar al corazón, discuta la fidelidad de este cuadro en fondo negro. Hasta el día, los liberales lo han hecho tan mal como el peor; con la diferencia de que, disponiendo de las simpatías del país—la palanca de Franklin—encontrábase, no sólo más obligados moralmente, sino en mejores



condiciones para *hacer costumbres* y traer á la política esa aura regeneradora de novedad y originalidad, que en política, lo mismo que en arte, es el soplo del progreso y del perfeccionamiento, y presta vida á los que la respiran.

Porque—no lo duden los hombres que hoy ocupan los más altos puestos,—quieran ó no quieran, la obra de saneamiento se hará; está en las conciencias y estará en los hechos; el alma la pide, las manos se tienden hacia ella. Cuando la inteligencia pública se aclare más, no valdrán nombres ni vagos idealismos con esos nombres enlazados; se pedirán realidades, ó, como dicen los ingleses, *facts, facts, facts*.

No tengo el candor suficiente para colocar aquí varios interrogantes, significando esperanzas de que hoy, en la presente etapa liberal, haya de iniciarse la nueva dirección realista y sólida de la política. No están colmados los tiempos; no ha perdido aún su mágico empuje la palanca de un nombre; mientras el dicta-

do de liberales le baste al bonachonazo del país, y le abrigue en invierno, y le sirva de abanico en verano, no es probable que sientan los gobernantes la obligación de fundar su popularidad en datos positivos. No; sería infantil creer que esto lo hagan por espontáneo impulso ni por reflexivo convencimiento. Lo harán el día en que España no se pague ya de voces ni de títulos, ni aun de dotes personales excelentes para el trato—como son el agrado y la llaneza—pero que no tienen la menor afinidad con las especiales condiciones del economista y del estadista llamado á cooperar activamente al renacimiento de un país que quiere ser fuerte, inteligente y moral.

Ese día lo harán, y ese día tiene que llegar tarde ó temprano, lo mismo que llegó para Francia, después del período desastroso en que un par de botas costaba sesenta mil francos en asignados. Nosotros, sin aquellas sacudidas revolucionarias, mansamente, vamos hacia los abismos del trueno gordo, del billete re-



chazado, del cambio gravosísimo que ya nos tiene aislados en este rincón de Europa, sin comunicación con los países de donde podríamos traer elementos de cultura; de los campos yermos y entregados al fisco por no labrarlos; de la raza sentenciada al raquitismo, á la escrófula, por la contribución del hambre, los odiosos consumos, escarnio de la dignidad humana. Y como no puede ser que esto dure, esto cambiará, y llámense liberales ó conservadores los que ejerzan el poder, de buen ó mal talante habrán de prestarse á la acción modificadora de las circunstancias.

Hay quien dice que un gobierno responsable puede poco en beneficio de la nación; que sus mejores propósitos los esterilizan obstáculos insuperables. Es verdad y no es verdad: es verdad de hecho; pero lo es por razones que, á mi ver, agravan el tanto de culpa de los gobernantes. Quisieran ellos, lo reconozco, dejar realizados muchos bienes; señalar su paso con un rastro de mejoras y reformas

utilísimas; saborear las dulzuras de la aprobación pública, porque eso siempre halaga. Movidos de ese impulso, intentan, sobre todo al principio, las mejoras y reformas, y efectivamente les salen al paso obstáculos á miles, como á los paladines caballerescos les salían dragones cuando iban á entrar en la caverna del tesoro. ¿Por qué esos obstáculos ó dragones hacen retroceder al paladín? Porque no lleva coraza. Es decir,—dejando á un lado imágenes,—porque las reformas y mejoras recaían sobre lo que no interesaba *personalmente* al reformador; porque reformó donde no le dolía, y los lastimados, al volverse contra él, buscan el lugar donde le duele, y allí le hieren, y allí escogen sus rehenes y ejercen sus represalias, y allí le atan de manos y piés. Corte el reformador en su propia carne: ya verá cómo entonces no encuentra obstáculos. Y si se pierden elecciones que se pierdan, y si hay que caer se cae, pero se cae bien, con los pies en terreno firme, que ya el terreno irá subiendo, y



se convertirá en pedestal. — Creen otros que arrojar la cara importa; que lo probadamente imposible es vivir bajo el sistema parlamentario, cosa demostrada por el ejemplo de Francia y la intolerable situación que atraviesa. Sobre esto y sobre el sufragio mal llamado universal habría tanto que decir, que será mejor dejarlo para otra vez. Hoy me limito á emplazar al partido liberal. Si mejora nuestro estado, entonces y sólo entonces diré que deben salir las murgas por las calles y atronar los espacios las bombas de palenque. Sino...



## CRÓNICA LITERARIA

LA empiezo con una rectificación. Me aseguran que el beato y estático Miguel de los Santos fué canonizado en este siglo, y que por lo mismo tenía razón Miguel de los Santos Alvarez en llamarle "mi santo.". Doy gustosa la razón á quien la tiene, y al santo *valisoletano* (noten Vds. que lo escribo ortodoxamente, con una sola l) le ruego que me sirva de abogado en el cielo.



El Sr. Sanguily ha manifestado en cierta ocasión, en la *Revista cubana*, el convencimiento de que yo no leo lo que escribe, y aprovecho gustosa esta ocasión de decirle que si lo leo,—ocasión que me proporciona el haber recibido su conferencia sobre *El descubrimiento de América en el IV Centenario*.—No sólo leo lo que escribe el Sr. Sanguily—naturalmente, cuando puedo haberlo á las manos—